

Retiro sacerdotes Málaga. 11 de marzo de 2021

Invocación al Espíritu Santo

V/ Ven, Espíritu Santo,
llena los corazones de tus fieles
y enciende en ellos
el fuego de tu amor.
Envía, tu Espíritu, Señor.

R/ Que renueve la faz de la Tierra.

Oración

Oh Dios, que llenaste los corazones
de tus fieles con la luz del Espíritu Santo;
concédenos que, guiados por el mismo Espíritu,
sintamos con rectitud
y gocemos siempre de tu consuelo.
Por Jesucristo Nuestro Señor. Amén.

Pues a ello me dispongo, aunque convencido de que más bien poco os puedo aportar, que no creo que vaya uno a descubrir nada importante en este tema del que muchos sois maestros. Pero tampoco lo pretendo, la verdad sea dicha. Mi intención es ayudaros a poder aprovechar este rato que vamos a dedicar a la oración, a hablar con el Señor, con ese “amigo” al que tanto le debemos, del que tanto necesitamos. Y que, como buen amigo, siempre está dispuesto a entablar buena conversación con cada uno de nosotros.

Lo hacemos en mitad de la Cuaresma. Hoy es el día en que en algunos rincones de la Diócesis todavía “parten la Vieja”, buscando un alivio en los rigores cuaresmales de otras épocas, compartiendo esplendidas jornadas de convivencia y ricas meriendas campestres.

Pero, claro, esto era así en otros tiempos. Esos en los que éramos más felices y no caíamos en la cuenta de lo bello y lo rico que es la sana vivencia de lo cotidiano. O donde la primera noticia de un día como hoy, *de nuevo 11-M, sería el recuerdo por las víctimas de aquellos trenes de muerte de Madrid, de los que ya casi ni nos acordamos.*

Sin embargo, me vais a permitir situarme esta mañana en las inmediaciones del domingo cuarto de Cuaresma, del domingo de *Laetare*, esa invitación a la alegría que cada año nos ofrece la Iglesia para impulsar nuestro camino hacia la Pascua.

Además, desde el Año de la Misericordia, este domingo viene anticipado por la iniciativa de las *24 horas para el Señor*, una oportunidad para que podamos ofrecer y compartir con nuestras comunidades una experiencia de oración más intensa, más continuada en el tiempo.

Si siempre estamos llamados a la oración, este tiempo de Cuaresma es un tiempo privilegiado. Y esta iniciativa nos ofrece la oportunidad de poder realizarlo junto a nuestros hermanos, aquellos a los que servimos con generosidad en nuestro ministerio. Un verdadero regalo, ¿verdad?

Aunque realmente este año nos ha tocado, de nuevo, celebrar una Cuaresma atípica, la segunda que vivimos en estado “pandémico”. Tras el impacto y el trauma de vernos cerrados y encerrados el pasado año, esta cuaresma al menos tenemos los templos y las parroquias abiertas con el aforo limitado. Ello nos permite conservar el contacto directo que nos permiten las circunstancias sanitarias, mucho más sano que acompañar a nuestras comunidades en la distancia, solo a través de los medios telemáticos.

A nadie se le escapa que estamos sufriendo muchos inconvenientes, que estamos cansados después de un año de vivencia de esta “anormalidad” que tanto limita nuestro día a día y nuestra acción pastoral. Con esa sangría interminable de vidas, especialmente de nuestros mayores que se han ido en silencio.

O con las graves consecuencias sociales y económicas de esta crisis, que ya van apareciendo, por desgracia, en las acogidas de nuestras caritas parroquiales.

Siendo esto cierto, a la vez, nos hemos encontrado con nuevas realidades y nuevos desafíos, hemos tenido que ir tomando decisiones para cambiar algunas cosas que hasta ahora dábamos por estables o por descontadas. Y la “nueva” normalidad nos ha enseñado que no lo eran tanto, que si podían cambiar en todo o en parte llegado el caso.

Esta situación del COVID-19 ha manifestado muchas debilidades en nuestra sociedad, e incluso en nuestra iglesia, en nuestras comunidades parroquiales. Todo ello nos ha invitado a reinventarnos, pues después de vivir casi encerrados al principio, la nueva situación ha sido un desafío donde quedarnos de brazos cruzados, desde luego, no era la respuesta acertada.

Distintas iniciativas tuvieron que aparecer para cubrir esas necesidades, aunque como ocurre siempre en estos casos, con diverso grado de éxito. Así hemos aprendido a salir de nuestra “zona de confort”, y nuestro deseo de servir a los hermanos en las nuevas circunstancias se ha podido hacer realidad, ello nos ha permitido actualizar, en la mayoría de los casos, nuestra caridad pastoral ante las demandas planteadas en esos nuevos tiempos, en esas circunstancias tan complejas.

Hubiera sido fácil quedarnos encerrados por el miedo esperando a que todo pasara, a que alguna vez volviera la paz y la tranquilidad. Y, sin embargo, la mayoría hemos sabido responder, en la práctica a lo que la realidad pedía. Como una y otra vez nos recuerda el santo padre, hemos tenido que tirar de la creatividad pastoral, hemos tenido que buscar nuevos cauces para seguir acercando nuestro tesoro, la novedad del Evangelio, ese que seguimos llevando en las vasijas de barro de nuestra realidad humana.

Además, no podemos pasar por alto el hecho de que muchas de estas novedades han venido para quedarse, aunque se alcance esa deseada normalidad tarde o temprano. De este modo nos hemos esforzado en acercar nuestras celebraciones y nuestras comunidades a quienes ahora no pueden acercarse a ellas. O tratar de buscar que todas las catequesis se centren sobre todo en lo fundamental.

O apostar por trabajar en el campo de la caridad desde la cercanía, con la respuesta inmediata a esas grandes necesidades que se han presentado en esta crisis, siendo la única posibilidad real para muchos hermanos ante la pobre respuesta que han dado las distintas administraciones. Aunque ellos tienen la responsabilidad, en demasiados casos no han sido capaces de responder a estas demandas (incluso a día de hoy, por desgracia).

Estoy convencido que esas novedades y esos campos que hemos empezado a recorrer (sobre todo desde las posibilidades que la tecnología nos ofrece) los vamos a saber armonizar, en la medida que la extensión de las vacunas

lo vayan haciendo posible, con la realidad humana de la relación, esa que tanto necesitamos para nuestra vida y la vida de nuestras comunidades. Eso que normalmente hacíamos en la vida de nuestras comunidades cuando no valorábamos estos hechos que ahora añoramos, a los que consideramos tan importantes como necesarios. Porque como ocurre siempre con la siembra del evangelio: la mies es mucha y queda aún mucho por hacer en el campo del mundo.

Antes os citaba el domingo de *Laetare*. Y quiero tomar de su evangelio una de las enseñanzas que dan sentido a nuestra fe, a toda nuestra vida de ministerio. Juan lo hace con brevedad, pues un par de versículos le sobran para explicitarlo dentro de la interesante conversación de Jesús con un importante judío, con Nicodemo, miembro del Sanedrín:

“Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único para que no perezca ninguno de los que creen en él, sino que tengan vida eterna. Porque Dios no mandó su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él” (Juan 3, 16-17).

Ciertamente estos versículos, no forman parte, propiamente, del diálogo de Jesús con Nicodemo, sino pertenecen a la reflexión del evangelista, a su presentación de la novedad de la vida nueva que nace de Jesucristo desde el nuevo nacimiento, a través del bautismo, un verdadero alumbramiento que deja atrás para siempre las tinieblas que oscurecían la vida del hombre viejo. Y sabemos que detrás de esos versículos está una de las ideas más felices de toda la teología cristiana: Dios ha hecho al mundo su mayor don, ha enviado a su Hijo a compartir nuestra Historia. Historia con mayúsculas, pues para nosotros, los cristianos, su venida supone un antes y un después de nuestra historia.

Y en minúsculas, pues lo ha hecho en todo semejante a nosotros, menos en el pecado, lo que le ha hecho recorrer todo su camino de bajada en su humanidad, completando el abajamiento de su kénosis.

Y todo ello lo hace como muestra del gran amor que nos tiene a todos. En su sueño de volver a hacer realidad en el mundo su reino de amor, nos quiso tanto que nos envió a su propio Hijo para que su amor nos ayudara a superar todas nuestras infidelidades y pecados.

Además, lo hizo, no buscando juzgar o condenar a la humanidad, sino que su objetivo era salvar lo que estaba perdido. Esa es la razón profunda de

por qué Dios se ha encarnado: porque ama este mundo, porque nos ama con locura a todos y cada uno de nosotros.

A esto se une el hecho de que los cristianos experimentamos el juicio en la medida en que respondemos o no a lo que Señor ha hecho por nosotros desde nuestra libertad. El juicio no se deja para el final, sino que se va viviendo en lo cotidiano, según participamos de la nueva creación a la que hemos sido convocados.

Y la mejor imagen de eso nos la ofrece en el Calvario. Allí se plasma la “elevación” de Jesús en la cruz, desde donde nos redime y nos seguirá salvando siempre. Porque el juicio no está en que al final se nos declare buenos o perversos, sino en aceptar la vida donde está: en el propio Jesús.

Esta visión de la fe y de la cruz nos debe llenar de esperanza, pues pone delante esa Vida con mayúsculas. Y eso está muy bien. Debe reconfortar nuestras almas. Pero yo me pregunto si podemos unirlo sin más a la reflexión que parece que un mundo en Pandemia reclama: ¿Es posible seguir presentando a Jesucristo como Salvador en medio del dolor que parece desbordar en nuestra realidad?

Sinceramente yo creo que sí. Para eso, entre otras muchas cosas, estamos todos aquí, ¿verdad hermanos?

Bien conocemos todos que la Cuaresma es el camino que nuestra madre la Iglesia nos regala para dirigir nuestros pasos hacia la cruz redentora del Señor. Aunque por desgracia no es la única cruz que cada día, podemos encontrarnos en el mundo.

La realidad siempre nos pone ante la necesidad de ofrecer alguna respuesta a esas demandas que el clamor de los hermanos nos pide. Pero este hecho posiblemente se ha intensificado hoy.

A pesar de las dificultades, sabemos que nuestro caminar ha de ir al encuentro de Cristo resucitado. Pero pasando por la vida de los demás. Sabemos que el camino para el Totalmente Otro, para llegar a Dios pasa necesariamente por los otros, por el hermano, por mi hermano y sus circunstancias y necesidades.

Hacerlo desde esas claves supone que nosotros individualmente y también nuestra Iglesia, encarnemos en nuestra vida las actitudes del Buen samaritano. Como comunidad sabiendo transformarse en ese “hospital de

campaña” que está atento a todas las necesidades. Y en nuestro caso como sacerdotes, viviendo nuestro ministerio como lo que es, un ejemplo concreto y privilegiado de lo que supone la Caridad pastoral a la que estamos llamados.

Todos conocemos perfectamente el texto de la parábola de Lucas (Lucas 10, 30-37)¹. Pero no está de más releerlo, incluso rezarlo tranquilamente esta mañana ante el Señor. Yo os invitaría a tener presentes las actitudes que aparecen de los distintos actores del texto, los comportamientos de los protagonistas, que pueden ayudarnos a que nos situemos ahora, en este “HOY” concreto ante las muchas necesidades del hermano, de todos esos que siguen sufriendo al borde del camino, o como nos recuerda el evangelio, andan perdidos, deambulan “como ovejas sin pastor”.

Porque ante ellos, nuestro corazón de pastores debería dejarse interpelar cada día por la realidad, no mirar para otro lado o pasar de largo como decía san Lucas que hicieron algunos de los hombres religiosos.

Puede que tengamos muchas tareas (que en la mayoría de los casos es verdad, hasta rayar casi con la dispersión), pero el sentido de nuestro ministerio está en esos hermanos que especialmente piden nuestra atención. Y no solo no se trata de dar “un rodeo” ante el que sufre, o de esconder la cabeza bajo el ala o en el suelo, vivir en “modo” avestruz, haciendo realidad el dicho de que “ojos que no ven, corazón que no siente”.

Sin embargo, no podemos caer en la tentación de refugiarnos en los “cuarteles de invierno” a esperar que “escampe” o vengan tiempos mejores. O al menos más tranquilos. O que mi ministerio se reduzca a quedarme sólo en los grupos “donde me encuentro a gusto” o donde me ríen las gracias. Y posiblemente, el culmen de estas tentaciones: creer y manifestar, a tiempo y a destiempo mi desánimo personal, situarse en el “ya no se

¹ ³⁰ Jesús dijo: «Bajaba un hombre de Jerusalén a Jericó, y cayó en manos de salteadores, que, después de despojarle y golpearle, se fueron dejándole medio muerto. ³¹ Casualmente, bajaba por aquel camino un sacerdote y, al verle, dio un rodeo. ³² De igual modo, un levita que pasaba por aquel sitio le vio y dio un rodeo. ³³ Pero un samaritano que iba de camino llegó junto a él, y al verle tuvo compasión; ³⁴ y, acercándose, vendó sus heridas, echando en ellas aceite y vino; y montándole sobre su propia cabalgadura, le llevó a una posada y cuidó de él. ³⁵ Al día siguiente, sacando dos denarios, se los dio al posadero y dijo: "Cuida de él y, si gastas algo más, te lo pagaré cuando vuelva." ³⁶ ¿Quién de estos tres te parece que fue prójimo del que cayó en manos de los salteadores?» ³⁷ El dijo: «El que practicó la misericordia con él.» Díjole Jesús: «Vete y haz tú lo mismo.»"

puede hacer o cambiar nada” para efectivamente tranquilizar mi conciencia y bajar los brazos, dejar de lado incluso mis responsabilidades.

Porque al final, en cualquiera de estos escenarios “tentadores”, lo que ocurre es que me despreocupo de lo que pasa en torno a mi vida y la realidad deja de interpelarme. Y lo realmente importante, paso de largo ante el sufrimiento de mi hermano. Y esa es, claramente, la primera y más grande tentación a evitar.

Para superarla, necesitamos trabajar la escucha, nuestra escucha. Vivimos en medio de muchos ruidos, de muchas distracciones, nos bombardean los estímulos. Y a la postre, nos distrae y nos aleja del hermano y de sus problemáticas. Si no estamos atentos, podemos caer en aquello que tanto criticamos a los millennial’s, tan metidos en el *ciberspacio* que no viven la realidad. Hoy posiblemente, no tendríamos que dar un rodeo para no atender al herido en el camino de Jericó. Con ir mirando en el móvil nuestras redes sería suficiente. ¡Ojo que sin querer, terminamos pasando de largo!

Por eso debemos recordar que la necesidad de silencio es lo que nos va a permitir escuchar al otro. Esa escucha es la condición que posibilita la compasión, el compartir la pasión, el dolor con mayúsculas de quienes sufren. Solo desde esa clave podremos acompañar a los hermanos en sus verdaderas necesidades.

Sería el inicio que revertiera nuestro particular *Alzheimer espiritual*.

Y me explico brevemente. Para poder cargar evangélicamente con el peso del dolor sin victimismos ni mesianismo, se nos pide establecer una mística que vincule la necesidad del silencio en nuestro corazón con la escucha de la voz de los demás.

Y es una verdadera necesidad, porque en demasiadas ocasiones, la acción está cargada de ruido, de protagonismos, de proyectos que nos distraen, mientras que el silencio nos aquieta el ánimo y nos centra en lo fundamental. En nosotros mismos primero, pues sin esa reconciliación no podemos aspirar abrimos a las necesidades reales de los demás. Porque en este ámbito de cercanía y ayuda al otro, la pregunta de Dios es siempre la misma desde los comienzos de esta historia de amor con toda la humanidad: ¿dónde está tu hermano?

No podemos permitirnos ponernos de perfil, si queremos que nuestra mirada sea semejante, aunque sea un poco, a la del propio Cristo. Él buscaba el rostro del que salía a su encuentro. Y lo hacía con una mirada compasiva y rehabilitadora de ese rostro del hermano que así se vuelve elocuente.

Sólo así podremos pararnos, reconocer al hermano y curar las heridas que la vida le ha infringido. Solo así veremos lo que necesita verdaderamente de nosotros. Sólo así seguiremos aprendiendo de ellos esas lecciones de vida y de Dios de las que todos tenemos tantas experiencias en nuestros años de ministerio. Gracias a Dios.

Aunque no podemos olvidar nunca que muchos de nuestros hermanos lo que realmente necesitan más que nuestra ayuda es nuestro testimonio y nuestra palabra para acercarse al Señor. Y en ello está en juego, ni más ni menos que la credibilidad de la propia Iglesia, el que sepamos ser transparencia de la Buena Noticia del evangelio.

Una presencia simple pero no sencilla, que nos reclama poner lo mejor de nosotros mismos en el día a día del ministerio, consagrado a hacer presente en nuestra vida y la de nuestras comunidades desde esa desproporción que recibimos del propio Jesucristo imagen del reino de Dios entre nosotros. Igual que ante la pandemia hemos salido con valentía a recorrer caminos para hacer las cosas de “otro modo”, la realidad de la vida que nos rodea nos debería impulsar a hacer presente a ese que nos salva, ese que da sentido a nuestra vida.

Estas dos acciones que hemos dicho (el silencio y los ojos bien abiertos), buscan ponernos ante el reto de la renovación social que necesita nuestra iglesia, esa de la que poco a poco se van abriendo los primeros pasos.

Sabemos que la realidad es más importante que la idea, lo que nos exige siempre caminar con los pies en la tierra. Aunque a primera vista, parezca lo contrario, pensar en grande a la luz de la caridad implica aterrizar en lo pequeño, en la vida cotidiano. En el fondo se trata de que tú seas el cambio que quieres para el mundo. Eso nos lleva a generar procesos que nos muevan de modo sobrio y solidario, y que, de este modo, puedan seguir expresando la caridad de Cristo.

No olvidarse de los pobres significa que lo social no puede ser la letra pequeña del mensaje cristiano. Es un asunto central, que conforma a la propia iglesia:

La caridad y la dimensión social ha de estar tan presente en la Iglesia como lo está el anuncio explícito de Jesús o la propia celebración de los sacramentos. Y hacerlo es tomar en serio la propuesta de la Iglesia en salida. Y estamos a tiempo, porque este es nuestro tiempo. Esto nos recuerda que el futuro es el tiempo de Dios, un ámbito inexplorado, siempre sorprendente y abierto a lo inédito.

Es propiamente el tiempo de la esperanza... En esa clave quiero terminar esta reflexión que he querido compartir con vosotros.

Antes de finalizar, permitidme recapitular brevemente lo dicho:

- El momento que vivimos es apremiante y complejo.
- Ante eso, la realidad de la salvación que nos viene por Jesucristo nos abre a la esperanza de ver que amor nos ha tenido Dios en su Hijo, nuestro salvador.
- Para unir esos dos aspectos de la realidad os propongo mirarnos en el espejo del Buen samaritano, una de las mejores imágenes de Cristo a la hora de centrar nuestra caridad pastoral.
- Para vivirlo cada uno en su ministerio y en toda iglesia, llamada a ser “buena samaritana” en la vida de nuestros hermanos, de aquellos que esperan que nosotros seamos testigos de la buena noticia.

Hermanos, seguimos en camino hacia la Pascua, hacia encontrarnos con el Resucitado. Si en algún momento es necesario ser altavoces de esa Buena noticia para todos, especialmente entre los últimos, posiblemente sea ahora.

Hay muchas heridas que curar y que cerrar, muchos duelos que acompañar, muchas soledades que aliviar. Y a todos ellos los podemos poner en manos del Buen Samaritano, para que podamos ayudarles a acercarse al Resucitado. A él nos confiamos.

Amén.